

Las terapias alternativas

Jorge González

Desde que el hombre perdió la perfección que Dios le había otorgado en la creación, la enfermedad ha sido su compañera casi inseparable. La búsqueda de soluciones a ese problema también ha sido una constante.

La concepción que tuvo de la enfermedad, el origen o causas de éstas y las propuestas que el devenir existencial ponían a su alcance como solución han sido componentes inexorables de ese complejo problemático.

La existencia del hombre es constitutivamente problemática. Cada hombre y cada generación resuelven a su manera, y según los recursos que tenga a mano, el problema radical de ser hombre.

El acto médico, cuando cae bajo la lupa del análisis, se encuadra casi forzosamente en un planteo de tipo ético filosófico que trasciende el encuadre científico y que comprende una tríada de elementos integrantes de la problemática, a los que corresponde tener en cuenta en cualquier abordaje analítico. Estos elementos son: (a) quien padece una dolencia (b) quien ofrece una solución para esa dolencia y (c) la solución que se ofrece.

Teniendo como esquema de análisis este planteo en el pensamiento, trataremos de recorrer el camino para aproximarnos a una toma de posición frente al estado actual de las cosas, razón por la cual necesitamos recurrir a



Jorge González es médico clínico, docente de Educación para la Salud y se desempeña actualmente como secretario académico de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Adventista del Plata.

la historia. El mejicano Del Castillo (1976) comienza su libro con un texto que dice: "La historia de la medicina tiene como meta enseñar, según arte, las vicisitudes que la ciencia y la práctica de curar han venido experimentando desde que de ellas existe testimonio" (p. 1) y debemos destacar que el párrafo hace referencias, y no en forma casual, a conceptos claves de este hecho. Es arte enseñar medicina, la ciencia tiene vicisitudes constantes y la práctica de curar tiene permanentes cambios.

Reseña histórica

No es fácil describir los medios por los cuales nuestros primeros antepasados descubrieron y desarrollaron el arte de curar. La historia de la medicina, lo repetimos, es la que nos aporta datos y el conocimiento de ello. Sin embargo es oportuna la cita del historiador Henry Sigerist (citado por Schott, 1994) en el comienzo de su gran obra *Los orígenes de la medicina*, publicada en la década del 60. Decía Sigerist:

Como cualquier creación artística un libro de historia tiene un fuerte carácter personal. El historiador no puede crear con la misma libertad que un poeta. El objeto de su exposición le viene dado y los métodos de la investigación histórica imponen a su fantasía límites muy estrechos. No lo es menos mi propia experiencia que comunico sobre las bases de mis trabajos, mi exposición de la historia como yo considero que es verdad. (p. 8)

Este componente subjetivo de la pretendida objetividad del historiador nos parece un elemento importante por cuanto queremos conocer hechos humanos, dinámicos, vivenciales, no siempre correctamente mensurables por la pretendida exactitud de algún método.

En las antiguas grandes culturas de la Mesopotamia y Egipto, durante milenios, fue moneda corriente la medicina de origen religioso, mágico y empírico que apenas podían distinguirse entre sí. La astronomía era objeto de estudios muy atentos y agudos y la observación era el método predominante. Relacionaban el movimiento de los astros y las estaciones con las manifestaciones de alguna enfermedad. Surge una suerte de medicina astrológica. Estamos hablando de unos 3.000 años antes de Jesucristo. A la sangre atribuían el rol de portar toda función vital. Los babilonios observaban y atribuían gran importancia al hígado; lo estudiaban en animales. En el año 2.000 aC, Babilonia y Nínive fueron el centro de la civilización mediterránea. Un simbolismo mágico fundamentaba la medicina. Dicen las Sagradas Escrituras en el capítulo 21 del libro del profeta Ezequiel: “Porque el rey de Babilonia se ha detenido en una encrucijada, al principio de los dos caminos, para usar de adivinación; ha sacudido las saetas, consultó a sus ídolos, miró el hígado”. Esto era práctica constante de aquellos pueblos. El prestigio de los médicos asirios y babilonios trascendía límites de fronteras y en acontecimientos transculturales eran solicitados en consulta por los egipcios. Los textos demuestran que tenían gran conocimiento de muchas enfermedades que manejaban con bastante exactitud.

En la India, en el año 799 aC el AYUR VEDA complementa la información médica que ya tenía el RIG VEDA, documento sánscrito que pertenece al 1500 aC y que muestra el uso de conjuros y fórmulas mágicas para el tratamiento de las enfermedades.

En China, el padre de la medicina de ese país, el emperador Sheng Nung que vivió en el año 3000 aC, escribió el PEN TSAO y en él describe numerosas hierbas con acción medicinal y habla del opio del ruibarbo y del acónito; pero es Huang Ti en el 2600 aC quien en el NEI CHING cita el concepto que sigue la teoría filosófica de los dos principios fundamentales: el Ying y el Yang. Estas dos fuer-

zas, decían —y siguen diciendo los chinos—, dominan todo: flujo y reflujo, hembra y varón, vida y muerte, sol y luna, calor y frío, fuerza y debilidad, etc., y todo el universo depende del justo equilibrio entre estas dos fuerzas y por supuesto de esto dependen la salud y la enfermedad.

La doctrina de los cinco elementos: tierra, fuego, agua, madera y metal se aplicaba como “magia del cinco” a los órganos del cuerpo: corazón, hígado, bazo, pulmones y riñones. La salud por ende dependía del equilibrio armonioso de los cinco elementos.

Aplicaban métodos terapéuticos tales como los masajes y la acupuntura, penetrando en los supuestos canales Chin que contienen los dos principios vitales y por donde fluyen las secreciones malignas.

Son los hebreos quienes dieron considerable importancia a la higiene personal y social y fueron los fundadores de la epidemiología y la salud pública. La historia no hace mucha referencia a la precisión de las Sagradas Escrituras en las instrucciones de salud que Dios dejaba a su pueblo en Génesis y Levítico.

El griego Hipócrates, llamado y considerado el Padre de la Medicina, es quien se inspira por primera vez en el espíritu de investigación científica. Teniendo en cuenta el tiempo en que fue realizada, su obra puede considerarse monumental. La incorporación de principios éticos a la práctica médica y a su enseñanza, aún hoy, trascienden en el famoso juramento. Aunque en la actualidad se sostenga su anterioridad, está indisolublemente ligado a la época hipocrática. Entre muchas precisiones y criterios terapéuticos, destacamos la que dice que el cerebro es el centro del pensamiento y la voluntad, así como de las sensaciones.

Nacido en el siglo luminoso de Pericles, Hipócrates vivió entre el 490 y el 429 aC. Superó a las escuelas de su tiempo y se afirma en la historia como la más importante y más completa de las personalidades médicas.

Cuando en la escuela de Alejandría aparece el también célebre Galeno, transitamos el segundo siglo de la era cristiana, y este representante de la medicina grecoromana señala un punto culminante

de la medicina antigua: a la investigación aplica la experimentación y agrega las especulaciones de la filosofía. Se declara monoteísta y atrae el consenso de cristianos y musulmanes.

Pero detengamos aquí la narración histórica, en la cual sólo mencionamos a grandes rasgos algunos hitos que pueden relacionarse con el tema central de la exposición.

Un quehacer científico

De Galeno hacia aquí, en mayor o en menor medida, la ciencia, aún en sus rudimentos, acompañará el quehacer médico con esbozos metodológicos que rubricarán los avances. Cuando el médico se aparte de ella, vendrán los estancamientos, los retrocesos, los fracasos. Cuando el médico se aleje de ella comenzará a introducirse en el engaño.

La tarea del médico es curar la enfermedad o paliar sus síntomas cuando ello no es posible, así como intentar ayudar al hombre a conservar su salud. No obstante y aún cuando así sea, el médico técnico —aquel que hace cuanto hace sabiendo el qué y el porqué de lo que hace— para hacerlo plenamente necesita explicar la enfermedad, sus causas y la forma de combatirla. A su eficacia en la práctica, el médico debe unir rigor y fundamentación científica.

Entre los distintos conceptos existentes acerca de qué es ciencia, nos atrae el de Ander-Egg (1974) que dice: “La ciencia es un conjunto de conocimientos racionales, ciertos o probables, obtenidos metódicamente, sistematizados y verificables” (p. 15). Esto implica exigencia del método, cumplimiento de etapas, investigación y evaluación de resultados. Pero quien trabaja en esto, quien realiza actos médicos, quien investiga, debe tener principios morales, conductas éticas, dependencia de fe.

A quien escribe le resulta muy difícil aceptar la ausencia de Dios en la mente y el corazón de un médico que desea servir y en lo personal se declara absolutamente dependiente de un Dios creador, dador de vida y amante de sus hijos.

La medicina tradicional tiene, tuvo y tendrá propuestas terapéuticas que podemos llamar ortodoxas, convencionales o tradicionales; la ciencia siempre avanzó tal vez con distinta velocidad, pero es apreciable que el crecimiento de los últimos

tiempos es vertiginoso. Una avalancha de nuevos conocimientos y recursos tecnológicos afectan a muchas áreas y la medicina no escapa a ello. Los adelantos en medicina intensiva, biología molecular e ingeniería genética son un ejemplo. Podríamos citar puntuales y conocidos hechos para ejemplificar: la tomografía axial computada, la resonancia magnética nuclear, los medicamentos de liberación cronoprogramada y la cirugía endoscópica y endoluminar; sin embargo la tendencia cada vez más instrumental de la medicina académica es una seria objeción que produce malestar y descontento en pacientes que desean un trato más personalizado o que desean ser escuchados más que ser estudiados. Esto permitiría comenzar a entender la búsqueda de medicina alternativa con métodos no convencionales. Dice Heinz Schott (1994): “Si abstraemos la solidez de la crítica que se hace a la medicina académica, podremos apreciar sin duda en la nostalgia de alternativas terapéuticas restos de tradiciones ancladas en la religión y la magia, como lo son ciertos aspectos de la filosofía natural” (p. 9).

Pero volvamos por un momento a la historia para ejemplificar con una referencia algunas características de las medicinas alternativas.

El surgimiento de la homeopatía se remonta al siglo XVIII y su denominación y creación se debe a Samuel Hahnemann, un médico alemán que entendía la enfermedad como una forma de expresión del desorden existente en la fuerza “vital” del cuerpo. Consideraba que los síntomas de las enfermedades eran expresiones positivas de la propia capacidad curativa del organismo. Mientras la medicina tradicional estudiaba a los individuos enfermos, Hahnemann estudiaba a las personas sanas. Las conclusiones a las que llegó fueron desconcertantes. Decía este místico que vivió entre 1755 y 1843 que con la ingestión de la propia enfermedad en dosis muy bajas o diluidas uno puede obtener la curación sin necesidad de recurrir a la medicina tradicional. Sin embargo esta medicina exige una conexión de lo físico con lo espiritual recurriendo a principios nada ortodoxos. El fundamento esgrimido por el fundador de la homeopatía es “*Similia similibus curantur*” (lo parecido cura lo parecido). Es decir que los remedios que dados a personas sanas causan cierto síntomas,

deben darse a los que padecen enfermedades en que tales síntomas se presentan; así la belladonna provoca síntomas parecidos a los de la escarlatina y por ello la usó Hahnemann en esa fiebre; al igual que la quina en el paludismo, etc. Pero antes de analizar otros aspectos de la medicina homeopática puede citarse que la posición de Hahnemann por aquel tiempo se situaba en el extremo opuesto al llamado sistema Browniano que, fundado por el escocés John Brown (1735-1788), sostenía que las enfermedades eran producto de un exceso o falta de estímulo y por lo tanto sin ningún otro diagnóstico se proponía un tratamiento que consistía en grandes e inclusive heroicas dosis de medicamentos estimulantes. Se dice que el método browniano mató más gente que la revolución francesa y que las guerras napoleónicas.

Pareciera plausible oponerse a este destino. Sin embargo Hahnemann inventó un sistema de diluciones “potenciadas” por sucusiones que una precariedad conceptual de aquel entonces podría explicar, pero que a la luz de las investigaciones y posiciones de la ciencia en las postrimerías del siglo XX no pueden sostener el absurdo de su aplicación. Sin embargo su aceptación, difusión y requerimiento hacen necesario buscar otras razones que expliquen estos fenómenos.

Terapias alternativas

Un análisis detallado y profundo de lo que hoy se llama medicina alternativa o terapias alternativas (expresión más adecuada) sería tema para un texto o un tratado más extenso. Baste como ejemplo una incompleta enumeración que incluya a la homeopatía, la acupuntura, la reflexología, la aromaterapia, la iriología, el yoga, el ayur veda, la imposición de manos, el control mental, la canalización o mediumnidad, la energía universal, la visualización, la meditación trascendental, la medicina chamanista, la auriculoterapia, la medicina del espacio, el budismo zem, la piramidología y muchas otras.

Tal vez en lo técnico —si cabe el término— tengan distintos fundamentos, pero hay características que les son comunes o que las podrían explicar con cierto orden. Muchas de ellas son muy antiguas y tienen su origen en filosofías orientales; algunas pocas son de reciente data (apenas un par

de décadas). Presumen de tratar enfermos y no enfermedades (tal vez por esto no hay una propuesta alternativa para el tratamiento de la apendicitis aguda, o todavía para el SIDA). Presumen también de acercarse en una forma más integral al paciente y esto en pos de una propuesta más holística, terminología que ha proliferado cada vez más desde 1970. El término holos que significa “todo” es por cierto integrador y aceptable en cuanto a los componentes mentales, espirituales y psíquicos que intervienen en la salud, pero francamente objetables en cuanto a que para obtener la armonía de este todo haya que sintonizar con la energía cósmica universal. Sin embargo hay que aceptar que este concepto holístico del individuo, y sobre todo la implicancia social de la enfermedad, han sido de algún modo descuidados por la medicina ortodoxa.

En muchos casos se utilizan aparatos o recursos tecnológicos casi mágicos como pirámides, agujas, ionizadores, pulseras, plantillas magnéticas, polarizadores, imanes, aparatos electro-magnéticos, computadoras de biorritmos, horóscopos computados, etc., con dudosa o nula demostración científica de eficacia.

La mayoría de ellas tienen apariencia de inocuidad, pero ocultan su alta peligrosidad en lo atinente a las promesas de falsas esperanzas o en la pérdida de tiempo para recibir terapias más eficaces.

Dice el diccionario que “alternativa” es una opción entre dos cosas. Es interesante advertir que una acepción también refiere como alternativa a la autorización que en tauromaquia da el matador de cartel al novillero para que mate alternado con él.

La primera vez que un grupo de científicos y médicos amigos entre sí se reunieron para afirmar públicamente su interés por las realidades espirituales y los enfoques alternativos sobre la salud, fue en 1970 en Cupertino, California, y el programa elaborado por el grupo fue incorporado por la Compañía Lockheed. Seis meses más tarde en la Universidad de California de Los Angeles (UCLA) y en la de Stanford se realizaron otros dos programas con el mismo fin: subrayar el papel de la mente en las enfermedades. En las hipótesis de propuestas se hablaron de “nuevas” terapias (¿nuevas?): meditación, visualización, biofeedback, acupuntura,

hipnosis, curación psíquica y otros métodos populares de curación. En poco tiempo más, multitud de variaciones sobre el mismo tema que empareja lo científico con lo espiritual invadió ámbitos universitarios de los EE.UU.: Yale, Harvard, Nueva York, California, Massachusetts, Miami, Michigan e Illinois. Poderosas fundaciones como la Rockefeller, Ford y Kellogg subvencionaron programas destinados a explorar la interacción entre mente y salud. Algunos esbozos de resistencia parecieron erigirse a esta apertura. La Asociación Médica Americana en la persona de su por entonces presidente, Malcon Todd, en un simposio celebrado en Tucson en 1975, alabó las maravillas tecnológicas de la medicina moderna. Esta suerte de defensa no fue bien acogida por la concurrencia y un año más tarde en San Diego el propio Todd respaldó la idea de una medicina humanística que se ocupa del cuerpo y la mente.

La propuesta ahora está en el equipaje del fenómeno Nueva Era que será abordado en este mismo foro.

Habíamos dicho al comienzo que en la tríada problemática del acto médico está el ser que padece una dolencia, una necesidad. Un ser que existe, piensa, sufre, siente y que ante la circunstancia de una enfermedad o un síntoma que lo afecta en cualquiera de sus esferas (psíquica, moral o espiritual) desea la solución de su necesidad. Frente a este deseo, a veces imperioso y a veces no, con fundamento o sin él, con racionalidad o sin ella, con fe o con dudas, elegirá un camino a seguir.

¿Tiene el *nuevo orden mundial* una influencia determinante en el fenómeno de crecimiento de la utilización de las terapias alternativas? ¿Han cambiado el perfil del problema? ¿Han agregado o quitado elementos para su enfoque?

En lo que hace al paciente y sus carencias; no sólo no se ha producido una redistribución de recursos, sino como bien ha sido explicado, se ha aumentado la brecha entre los menos que más tienen y los más que menos tienen. En este sentido es notable que mientras el 20% se reparte el 80% de las riquezas con una porción para cada uno, el otro 80% se reparte el 20%, pero para muchos no hay nada. El desarrollo tecnológico no alcanza; escapa a esta distribución inadecuada y mientras se

sofistica en grado superlativo en algunos centros, hay extensos rincones del planeta donde las intenciones manifiestas en Alma Ata en 1978 de una salud para todos en el año 2000 no podrán plasmarse en realidad material con medicinas alternativas o sin ellas.

¿Tiene límites de frontera, como se pretende en lo geográfico, este nuevo ordenamiento? Cuando se trata de enfermedad, ¿respetan límites geográficos el cólera que mató a los ruandeses exiliados? ¿Hubieron propuestas alternativas para ello? Los hoy veteranos de la guerra del golfo, que padecen enfermedades por radiaciones o pesticidas que afectan también su familia y descendencia y sobre lo cual el propio estado norteamericano se niega a investigar, ¿podrán solucionarlas con alternativas?

¿Será que el crecimiento geométrico del SIDA podrá ser contenido con alguna mágica dilución? Pero es cierto que algunos hechos sucedieron con la rapidez profetizada para los últimos acontecimientos de la historia y no se dieron las condiciones. El fenómeno transcultural que representa la incorporación a occidente de medicinas tradicionales como la china y la hindú no fue previsto por una etnomedicina sistemática que permitiera comparaciones válidas de eficacia. La caída del muro de Berlín repite el fenómeno en lo que hace a la unificación súbita de las dos Alemanias. Algunos de los rasgos destructivos del posmodernismo, tal como se concibe hoy, también son propios de la ciencia médica.

El palpable deterioro de una conducta ética es uno de los abonos de este auge de procedimientos equivocados. Pero un número cada vez mayor recurre a las medicinas alternativas para la solución de sus problemas supuestos o reales. Petr Skrabanek y James Mc Cormick (citados por Casino, 1994) afirman en su libro *Sofismas y desatinos en medicina* que la creciente popularización de las curaciones alternativas refleja la insatisfacción cada vez mayor provocada por los aspectos deshumanizadores de la medicina moderna.

¿Será que hay espacios vacíos en la oferta de la medicina tradicional? ¿Será que el engaño, el fraude y la mentira propios del fin de la historia, tendrán en este aspecto de la vida del hombre uno de los terrenos más fértiles?

No debemos caer en el error de suponer que las medicinas alternativas nunca obtienen resultados. Estos resultados podrán ser transitorios, pero es cierto que los obtiene. Algunas publicaciones europeas difundidas en nuestro país están vertiendo algunos conceptos sobre el tema, muchos de los cuales compartimos.

Casino (1994) señala en su artículo titulado "Medicinas alternativas, ¿salud o fraude?" que actualmente 4.000.000 españoles acuden a consultas de medicina alternativa. Allí buscan lo que no encuentran en la ciencia oficial y más ortodoxa: atención personalizada, ausencia de efectos secundarios y un último intento en la lucha contra enfermedades crónicas o incurables. Más de 100 terapias, continúa el artículo, "conviven en esta jungla en la que se dan cita profesionales que recuperan algunas disciplinas tradicionales, con los más desvergonzados charlatanes" (p. 6). Su única virtud es el efecto placebo, aumentan la fe del paciente en su curación. Algunas se basan en medicina científica, otras son de pura charlatanería. En el Reino Unido hay en este momento 173 propuestas, de las cuales sólo cinco pudieron reconocer u obtener un reconocimiento oficial; en otros países de Europa, como en Alemania, la utilización, la legalización y la práctica asidua de este tipo de medicina es moneda corriente.

Conclusión

Para sustentar una "toma de posición", podría remitirme a los fundamentos académicos recogidos a lo largo de veintiseis años de profesión. Sin embargo, no es desde allí donde quiero concluir, sino desde una posición de médico cristiano, que conoce el fundamento de la fe, además del científico, que entiende la fe como una evidencia de que Dios nos ama y sabe muy bien lo que necesitamos.

Tanto la utilización, por parte de estas "terapias", de un indebido fundamento científico, como la contradicción con los principios que Dios ha preparado para que sus hijos disfruten de salud, es lo que me hace estar en una posición total y absolutamente opuesta a este tipo de práctica, aunque no pueda desconocer la realidad de su existencia. No podemos negar que el mundo actual está sufriendo una invasión creciente de este tipo de terapéuticas. *El nuevo orden mundial*, a mi criterio, no

esta ofreciendo una situación distinta a la de, tal vez, cinco años atrás. Pero es muy probable que todas las circunstancias que acompañan este cambio mundial, sean geográficas, económicas, científicas o éticas, ofrecerán a la brevedad una situación cada vez más compleja, por lo cual será necesario definir y sistematizar, con toda claridad los principios necesarios para establecer esa diferencias fundamentales que muchas veces no se perciben desde un análisis superficial.

Referencias

- Ander-Egg, Ezequiel (1974). *Introducción a las técnicas de investigación social* (4ª ed.). Buenos Aires: Humanitas.
- Casino, Gonzalo (1994). Medicinas ¿salud o fraude? *Conocer*; 137, 6-12.
- Del Castillo, Ernesto (1976). *Historia y filosofía de la medicina*. México: Universidad Autónoma de Guadalajara.
- Schott, Heinz (1994). Prólogo. En *Crónica de la Medicina. 1. Enfermedad y medicina en la prehistoria desde los orígenes al 3000 a. de C.* (pp. 7-9). Barcelona: Plaza & Janes.